

Una antropóloga en la comunidad. Diagnósticos compartidos, procesos, sostenibilidad y otras narrativas

An anthropologist in the community. Shared diagnoses, processes, sustainability and other narratives

Isabel Ralero Rojas*

* Universidad de Castilla-La Mancha

Resumen:

El método etnográfico puede aportar una gran profundidad en cuanto a significaciones y posiciones cuando se sumerge en otras metodologías de investigación social a su vez inmersas en procesos comunitarios de transformación social. Este trabajo pretende llevar a cabo una comparativa entre *diagnósticos compartidos* elaborados desde el diálogo y la escucha mutua en diferentes contextos comunitarios. En este propósito aparecen implicados conceptos como *comunidad o diagnóstico*, así como el enriquecimiento de referencias y perspectivas producido por el hecho de vincular los procesos etnográficos con la mejora de las realidades sociales en las que nos introducimos como investigadoras. No obstante, este marco de trabajo aplicado no está exento de retos y dificultades que nos permiten hundir nuestro análisis en cuestiones clave para un pleno desarrollo de la Antropología Social y Cultural en la gestión de la diversidad local en el siglo XXI, y en especial, en la centralidad o marginalidad que dicha diversidad puede ocupar en la elaboración colectiva de diagnósticos compartidos, y desde estos, en la transformación social. Con la introducción de la mirada antropológica en estos procesos surgen además cuestiones *no explícitas* que nos invitan a formular nuevos interrogantes e itinerarios.

Palabras clave: comunidad - diagnóstico compartido - antropología aplicada - turismo - infancia.

Abstract:

The ethnographic method can provide great depth in terms of meanings and positions when it is immersed in other social research methodologies that are in turn immersed in community processes of social transformation. This work aims to carry out a comparison between shared diagnoses made from dialogue and mutual listening in different contexts. In this purpose, concepts such as community or diagnosis are involved, as well as the enrichment of references and perspectives produced by the fact of linking ethnographic processes with the improvement of the social realities in which we enter as researchers.

However, this applied framework is not without challenges and difficulties that allow us to sink our analysis into key issues for the full development of Social and Cultural Anthropology in the management of local diversity in the 21st century, and especially, in the centrality or marginality that such diversity can occupy in the collective elaboration of shared diagnoses, and from these, in social transformation. From the application of the anthropological perspective towards these processes, non-explicit questions also arise that invite us to formulate new questions and to travel new itineraries.

Keywords: community - shared diagnosis - applied anthropology - tourism – childhood.

Article info:

Received: 27/12/2023

Accepted: 21/05/2024

DOI: <https://doi.org/10.5944/comunitania.28.2>

“Si hay algo bonito en este trabajo es justamente que no tenemos receta y tenemos que estar continuamente creando o adaptando nuestros instrumentos, no necesariamente nuestros principios, a la mutable realidad del mundo que hemos construido”

Marco Marchioni (1999).

1. Introducción: una antropóloga en la comunidad

Trabajar desde la Antropología Aplicada en la *comunidad* nos adentra en un marco de reflexión- acción que nos invita continuamente a regresar al asombro y al cuestionamiento. Si bien debemos aceptar que dicha *comunidad* va suponer siempre un problema cuya definición corresponde al investigador (Serrano, 2020:18), más aún cuando hablamos de ubicarnos como profesionales impulsoras de procesos que superan la propia labor investigadora, desde la que estamos más acostumbradas a entender cualquier concepto con el que trabajamos, y este concepto además se convierte –o debemos convertirlo– en sujeto activo, nuestro rol se complejiza. Ello además de tener en cuenta que la homogeneidad comunitaria es una representación prescriptiva de “cómo deberían ser las cosas” y no una definición descriptiva de “cómo están siendo las cosas” tal y como se interpreta de sus consideraciones teóricas (Trapaga, 2018: 176). Así algunos autores como Canals expresan el convencimiento de que la comunidad no existe aunque sí es imaginada, y por lo tanto, acaba siendo lo que cada autor quiere que sea. Pero señala como lo más interesante ese trasfondo ideológico que da fuerza a esas ideas como representaciones reificadas carentes de base empírica (Canals, 1994: 88).

En cambio, en un marco de intervención social que divide los ámbitos de actuación en individual, grupal y comunitario, no hay lugar a dudas: si trabajas en un barrio, *haces comunitario*. Ese trabajo además se lleva a cabo en medio de una fuerte tendencia a convertir o traducir viejas formas de hacer en nuevas maneras de construir conocimiento de forma más *inclusiva y participada*. Esto está muy relacionado con la constante renovación de los lenguajes empleados en el ámbito socio-político, que ahora mismo se encuentran completamente atravesados por los denominados *Objetivos de Desarrollo Sostenible* y esa necesidad de incorporarlos tanto en todo lo que se venía haciendo con anterioridad a su aparición, como en lo que se entiende que debe comenzar a hacerse ahora y en el futuro para cumplir con la agenda 2030. Es en este contexto en donde hay que enmarcar los tres procesos de construcción de conocimiento que vamos a exponer y a analizar, y que nos van a permitir comprender por qué dichos procesos se definen dentro de la búsqueda de prácticas sostenibles como realidades *deseables*. Es decir, por qué *lo sostenible* se ha convertido en la narrativa que nos indica ese *deber ser* en ámbitos como la inclusión social, la infancia o el turismo.

Estar allí conlleva el reto de indagar en la delimitación simbólica de la que ya es *nuestra comunidad* y todas esas diversas significaciones que la constituyen. Una vez dentro, te dejas llevar por ese ambiente romántico que se crea en la intervención social para trasladarte a una noción separada de lo hegemónico, como si se tratara de algo construido *desde los márgenes*, desde posicionamientos observados como contrarios a los intereses individuales, que ha permitido observar los grupos desde espacios y tiempos alternativos.

Pero las realidades que te vas encontrando te van presentando las diferentes maneras de *ser comunidad*, que serán narradas no tanto como representación sino como un intento de explicar qué es lo real (Azogue, 2016). Desde aquí, te haces consciente de nuevo de que lo que se considera *comunidad* no existe "en sí misma" y no puedes salir un buen día en su busca, sino que se manifiesta en la singularidad de algunos acontecimientos y conversaciones, y en algunos casos te desafía y muestra su cara excluyente. Tampoco es un mundo aparte aislado de lo global, sino que se manifiesta en el acontecer, aparece y desaparece, pero continúa existiendo en términos de afectividades y relaciones sociales (Ibídem). En este sentido, resulta muy útil desde el punto de vista metodológico que intentemos observar las articulaciones socioculturales que nos permitan pensar en el concepto de comunidad desde aquellas cuestiones que disparan la aparición del concepto (Schiaffini, 2017).

Te rebelas y reconcilas con *ella* en numerosas ocasiones. Te hace sentir afortunada por poder trabajar en un contexto urbano propio, con perspectiva histórica, evidenciando viejos mitos y prejuicios. Eso hace sin duda más apetecible la entrada de una antropóloga a una realidad ficticia que tintinea destellos de romanticismo. Y es cierto, se dispara cuando percibes que es una noción que permanece viva en la cotidianidad de las personas que conviven o coexisten, y también entre los profesionales del ámbito social, educativo o sanitario, por ejemplo. En el caso del Polígono de Toledo,

el tercero que se expondrá, ellos/as al principio no solían hablar de *comunidad* pero si aludían al *barrio* constantemente, como algo similar a un espacio común de pertenencia que justificaba un extra de trabajo: “lo hago por el barrio”, decían, como una llave interna en la que por supuesto se insinuaba una clave histórica de un territorio de origen obrero, ubicado a 8 km de distancia del centro urbano, que cuenta con una imagen mítica de “barrio que se ha hecho a sí mismo”. También hay una dimensión más que explorar en este término que nos sugiere considerar su carácter político, en tanto utópico, para una imprescindible ciencia antropológica aplicada (Trápaga, 2018: 181), y que invita a la acción transformadora.

Desde esta praxis encontrada en terreno, nos preguntamos qué hacemos entonces con toda la metodología y terminología basada en *lo comunitario*. Si vamos a tener que estar traduciendo o viviendo en realidades paralelas, o hasta qué punto se pueden ir introduciendo todas esas categorías simbólicas ya existentes y operantes para condicionar o estimular las investigaciones que vienen pautadas con su propio universo epistemológico. Entonces lo más razonable parece enfatizar tanto estas cuestiones sino en la forma de plantear y resolver el análisis de los temas propuestos (Comas D'argemir, 1992:21).

Todas estas primeras cuestiones se complejizan al adentrarnos en la conexión de la investigación antropológica con otras realidades disciplinares en donde podamos introducirnos sin complejos para aportar su carácter flexible, holístico, naturalista, amplio, subjetivo, polisémico y descriptivo, desde donde comprender mejor la complejidad estructural y los significados manejados por las personas involucradas en las situaciones y problemáticas, desde el método hermenéutico-etnográfico (Álvarez, 2009). Aportar materiales descriptivos étnicos, permitir la articulación de la relación entre fenómenos, integrar conocimientos, significados y experiencias sociales, ofrecer documentación primaria “desde dentro” (Peña, 2008: 181-182). Incluirnos desde esta especificidad en un análisis sociocultural compartido con otras disciplinas, profesionales y actores sociales que nos recuerdan esa humildad antropológica de reconocernos limitados en nuestra capacidad de generar conocimiento y que nos ubican en un territorio común a construir que no nos pertenece.

Hacer esto supone que, a pesar de tener oportunidades en donde la comunicación interdisciplinar nos convierte en seres tremendamente afortunados y sobre-estimulados, también podemos pasar a ser criaturas molestas y extrañas cuando explicitamos que puede resultar peligrosamente superficial trabajar con una comunidad sin conocer previamente -también paralela y científicamente- su realidad sociocultural. Siguiendo a Gallego (2000), la implicación de la comunidad en la resolución de conflictos sociales y en la intervención social primaria es fundamental, incluso para saber la consistencia de su tejido social, su nivel de asociacionismo formal e informal, si es susceptible de proteger al individuo en caso de carencias y necesidades (Ídem: 16). Pero esta autora, en esa relación entre Antropología y Trabajo Social, por ejemplo, también plantea la trascendencia de alcanzar no sólo los significados cul-

turales manejados de forma explícita sino también aquellos *ocultos* que en muchos casos pueden resultar claves para identificar y diseñar estrategias. Por ejemplo, en un espacio técnico interdisciplinar donde se estaban poniendo en común algunas conclusiones extraídas del Trabajo de Campo llevado a cabo en comunidades vecinales conocidas popularmente como "sociales"; se explicó cómo las personas residentes habían creado toda una serie de categorías diferentes: "los que pagan" y los que "no pagan"; "los de la patá" y "los legales"; "los payos"; los "moros" y los "gitanos"; "los del X" (bloque), que suponían relaciones y maneras de transitar el espacio muy diferentes, con sus propias categorías simbólicas operando a través de su propia normatividad interna. A pesar de incidir en la profundidad de estas cuestiones, la conversación terminó con una simplificación del tipo: "pues eso, que se está haciendo un gueto". *Gueto* es una palabra que casi todo el mundo entiende, aunque suponga para nosotras un universo simbólico mucho más rico, específico y diverso del que aporta la superficialidad del término. Además, lo que nadie dice pero se respira en el ambiente es: *no hay tiempo para estas cosas tan interesantes pero tan innecesarias*.

Entonces sacamos la conclusión también antropológica de centrar los esfuerzos comunes en observar las situaciones de poder o dominación en términos más generales, y dejamos para nuestra propia reflexividad interna aquellas cosas menos visibles o evidentes. En ese momento, nos hacemos conscientes de que nadamos en dos procesos paralelos: el compartido y el propio, confiando en que de vez en cuando podamos añadir al primero, para el que en realidad *estás allí*, las cuestiones más relevantes observadas y analizadas desde nuestra específica mirada antropológica, no dependiente tanto de la aplicación de técnicas o herramientas etnográficas propias sino de ese enfoque cuestionador inmerso en procesos de investigación (Jociles, 1999). Pero ciertamente viviendo en clásica soledad, por muy comunitario, participativo e interdisciplinar que sea el proceso, esos hallazgos asombrosos que nos hacen sentirnos tal y como definía Da Matta (1999), en ese estado de *Anthropological blues*, que nos invita además a convivir con esas formas jerárquicas que habitan también en nosotras, no sólo en *nuestra comunidad*.

En ese punto de completa inmersión *en y con la comunidad*, en donde todos y todas nos vamos conociendo más y mejor, cuando en el calendario se acerca la fecha en la que debe estar hecho el diagnóstico comunitario, es el momento en el que esto que decíamos sobre *lo antagónico* ya se nos ha mostrado en toda su vitalidad, crudeza e interés. Entonces también nos percatamos de que en *ella*, en la *comunidad*, se depositan muchas claves para inclusión social. Y tú eres una antropóloga aplicada que te sumerges y te dejas llevar por esas corrientes.

2. Metodología empleada: conocimiento y diagnóstico compartidos

Desde el ámbito de la intervención social comunitaria, se entiende que el diagnóstico participativo -metodología clave en los tres casos que se van a contrastar- forma parte

de un proceso más amplio que es, ante todo, una acción reflexiva transformadora. Genera un conocimiento del que no se disponía que es de evidente utilidad para el diseño de estrategias y políticas locales (Martí, 2012: 181). Es también su tarea fortalecer todo ello para promover lo que cada cual, desde su posición, quiera, sepa y pueda aportar. El saber y el poder son dimensiones claramente abordables desde un diagnóstico participativo; en cuanto al querer, dependerá de si se ha entendido, se ha sabido explicar o, sencillamente, se quiere entender, o no, lo que es el desarrollo comunitario (Ibídem: 194-195).

Otra cuestión clave es la definición de objetivos y metas comunes (Villasante, Montañés, Martí, 2000: 171) del proceso investigador participado, en donde se pueden extraer importantes categorías *emic* que nos ayuden a definir mejor -aunque puede encontrarse ciertamente condicionado por quiénes compongan el grupo motor- lo que vamos a ir a buscar y cómo vamos a hacerlo. Así, puede tenerse la sensación de hallarnos en medio de una *confrontación epistemológica* que nos inclina hacia un fuerte ejercicio de traducción inmerso en procesos de transformación intrasubjetiva (Leyva, 2010:18) que nos evite reconocernos como una élite intelectual al servicio de movimientos ciudadanos reflexiones profesionales o retos comunitarios definidos por una representatividad social relativa. Esta sensación de traducción nunca satisfecha está presente cuando los documentos finales monográficos o de diagnóstico se socializan en su versión final con todas las personas participantes, temiendo que resulte inaccesible para unos y demasiado simple para otros. También observamos cómo se enriquecen nuestros registros etnográficos con todos esos espacios grupales generados en donde observamos la interacción entre lo "natural" y lo "provocado" (Batallán y García, 1992: 88) que no cesa en el empeño de sugerirnos una construcción dialogada y específica de este conocimiento compartido en un contexto propio y definido, específicamente útil para provocar los *cambios deseados*.

Puesto que no se limita a recoger datos sino que debe suponer un proceso reflexivo con los distintos actores implicados en aquello que vamos a investigar, es bien cierto que sumarnos a tales procesos nos va a proporcionar un contexto privilegiado con el que interactuar y construir conocimiento. La Investigación-Acción Participativa (IAP) no es un campo ajeno al interés antropológico sino más bien al contrario. Autores como Greenwood (2000) han venido afirmando, tras un análisis comparado sobre la calidad y la cantidad de las informaciones generadas en diferentes procesos concretos de investigación -desde la observación participante entendida de manera clásica hasta exponer diferentes casos y grados de implicación de los sujetos participantes-, que la IAP puede generar mucha más información, diversa, interna y valiosa, que aquellas otras investigaciones en donde el antropólogo aplica en solitario su mirada.

Especialmente interesante resulta también el trabajo efectuado por Roura-Expósito, Díaz Aguilar, Ruiz-Blanch, Sánchez-Carretero y Cortés-Vázquez (2018), que plantean el diseño colaborativo de un proyecto de investigación a partir de esta metodología de IAP, concluyendo cómo esas arquitecturas iniciales formuladas desde el ámbito académico

condicionan en la reproducción de las lógicas del poder, permitiendo así que se visibilicen ciertos presupuestos ideológicos. Montes (2000) además centra su atención para hablar de la conexión entre Antropología, IAP y Trabajo Social, en aquellos aspectos ideológicos y políticos que finalmente se llevan a cabo a través de las técnicas. Tal como afirma este autor, esto se nutre de la propia evolución epistemológica de nuestra disciplina que nos ha permitido saber que, frente a otras lógicas positivistas, los datos no existen de forma externa, no están ahí fuera esperando a ser descubiertos por el investigador de manera aséptica, sino que se construyen en un diálogo de diferentes reflexividades. Por ello, hacerlo *junto con* puede convertirse, además de en un hecho político posicionado, en un ejercicio de honestidad y claridad metodológica.

En este sentido resultan pertinentes las aportaciones de Alberto Arribas (2015), que concluye desu propia práctica implicada en cómo además de la practicidad que aporta a los sujetos con los que trabajamos, los proyectos articulados en torno a preguntas compartidas permiten enriquecer y complejizar nuestra comprensión de la acción colectiva. Además, nos ayuda éticamente a posicionarnos científicamente en el para qué, para quién y cómo hacemos investigación. Desdeeste necesario diálogo entonces no solamente con los sujetos que tienen un papel -relevante o no, ¿quién decide esto?- para comprender y transformar las realidades comunitarias en las que se suma la mirada antropológica, sino como dijimos también con *otras* diferentes disciplinas y profesionales que ejercen en nuestros contextos de investigación, requerimos de definiciones previas sobre estas técnicas e instrumentos en donde vamos a realizar nuestras observaciones y aportaciones antropológicas.

Así, Ferrer, Álamo, Morín y Marchioni (2017: 113-114) afirman que la realización participativa del diagnóstico comunitario aumenta la posibilidad de desarrollar en la comunidad de intervención procesos osmóticos más igualitarios articulando lo global y lo local: un trasvase continuo de conocimientos entre los diferentes protagonistas, poniendo énfasis en cómo la realización comunitaria y participativa del diagnóstico rompe de manera extraordinaria con esa vieja identificación de lo comunitario con *lo marginal* y *lo excluido* al plantear de manera explícita o implícita que cualquier realidad es mejorable. Desde aquí es importante lanzarnos a la búsqueda de otras confluencias en las formas de definir y comprender el propio término de *comunidad* desde esta dimensión aplicada a la intervención social. Marchioni (1999: 8) observa de hecho necesario aclarar que el término "comunitario" tiende a emplearse en por lo menos dos acepciones divergentes: como destinataria de programas, prestaciones o proyectos, o, como protagonista del proceso que se quiere llevar adelante. Esto tiene bastante que ver con el planteamiento metodológico de nuestras investigaciones participadas que nos permiten virar desde la consideración de *objeto* hacia el *sujeto* activo, además de realizar planteamientos metodológicos basados en la *escucha activa* en donde cualquier antropóloga se sentiría especialmente cómoda. Esta *escucha* o *audición* es lo que propone Marchioni en los procesos comunitarios para conseguir el *Diagnóstico Comunitario*, que es un elemento central de su metodología (Velasco y Blanco, 2020).

Los tres casos que se van a exponer y contrastar a continuación suponen esta construcción de conocimiento colectivo a través de lo que acabamos de ir definiendo como *diagnóstico compartido*, inserto dentro de procesos mayores que lo superan y dotan de significado particular, herramienta tremendamente flexible si lo entendemos desde su capacidad adaptativa a estos diferentes procesos, momentos, áreas y colectivos. La amplia metodología que lo nutre incluye coloquios, grupos de discusión, entrevistas en profundidad, así como cualquier otro espacio creativo de diálogo o interacción que nos permita adentrarnos en las realidades de forma interna, sistemática y reflexiva, propiciando un nuevo marco colaborativo de indagación entre investigadores/as y los sujetos que integran dicha comunidad o colectivo/s.

3. La práctica etnográfica implicada en la elaboración de *Diagnósticos Compartidos* y *Procesos Comunitarios*: el emerger de la infancia, el turismo sostenible o la diversidad cultural¹

A). Implicación infantil y adolescente para una diagnosis alineada con los ODS

Desde julio de 2020 a enero de 2021 se llevó a cabo un proceso de participación con infancia y adolescencia de la ciudad de Toledo a través de la constitución de un grupo motor de IAP conformado a partir del Consejo de Participación Infantil y Adolescente². A partir de una formación/capacitación previa del grupo, se fueron generando diferentes espacios de diálogo con otros actores de la ciudad con relación directa en la gestión de recursos, programas y servicios de infancia y juventud. Debido a la situación sanitaria, dichos espacios tuvieron lugar preferentemente en encuentros virtuales. Fruto de esta interacción dialogada que pretendía fuera liderada por 11 niñas y niños pertenecientes a este *colectivo etario*, se pudo actualizar el conocimiento existente previo sobre esta realidad, construyendo la Actualización del Diagnóstico sobre Infancia y Adolescencia (2021) y el II Plan de Infancia, lo cual supuso para la administración local la renovación del sello como *Ciudad Amiga de la Infancia* por parte de Unicef. Todo este proceso de tramitación conlleva una adecuación de términos e indicadores alineados con los ODS y el cumplimiento de la Agenda 2030, puesto que la infancia supone una clave para la sostenibilidad de cualquier planteamiento local a medio y largo plazo.

¹ Estas tres experiencias que se van a exponer, aunque se van a emplear materiales generados tanto desde lo explícito como de lo implícito de dichos procesos, se ubican en esa dualidad de la que antes hablamos que ubica *otro* proceso de investigación etnográfica, paralelo y añadido, que se nutre de esta construcción de diagnósticos compartidos.

² Mi papel en este proceso como antropóloga aplicada fue el de coordinar al equipo y vehicular las acciones, así como procesar toda la información cualitativa generada y redactar los documentos finales. Asistí no obstante a estos espacios sin tener más papel asignado que el de la observación, puesto que la dinamización era ejercida por el propio grupo motor de infancia y el equipo técnico acompañante.

Algunas conclusiones e informaciones producidas con el propio grupo motor tenían mucho que ver con el concepto de participación infantil y *desde dónde* se plantea la incorporación de este colectivo. Hacerlo desde posiciones adultocéntricas genera en la práctica cierta dificultad para su comprensión. Desde este lugar ocupado hasta el momento por la intervención a favor la infancia que sí había hecho esfuerzos por *darles voz* anteriormente pero no tanto por construir *con y desde ella*³, formar parte de espacios diseñados por el mundo adulto entrañaba ciertas dificultades para su comprensión inicial, si bien finalmente la práctica termina dotando al proceso de aquellos significados impuestos por el sistema adulto que además de ordenar y clasificar los sentidos compartidos, socializa en dicha participación valores asociados:

“Es un poco difícil animarse a participar porque yo he estado en bastantes cosas de este tipo, y por ejemplo, el consejo llegó a mi instituto, yo no lo busqué, y al principio yo ni siquiera dije: ‘voy a apuntarme’. Fue una votación de clase y dijeron: vemos quien podría, luego ya yo fui yendo poco a poco tampoco con unas ganas increíbles porque era un lugar extraño que yo no conocía. Y poco a poco estoy viendo que es un lugar que me ha servido mucho y creo que me ha ayudado a desarrollarme como persona” (Grupo de discusión previo a la IAP con grupo motor de infancia).

La implicación de la infancia en la construcción de diagnósticos compartidos puede conllevar un proceso auto-educativo que además de encontrarse con cuestiones hasta el momento desconocidas –por pertenecer fundamentalmente al mundo adulto–, les adentra en determinadas realidades complejas, presentadas y analizadas por ese conocimiento *experto* que forma parte de los espacios de diálogo. Así, en la medida en que esta participación adulta e infantil refleje la complejidad sociocultural existente, y aporte matices o perspectivas enriquecedoras, así se verá enriquecido desde el diálogo entre infancia y adultez ese conocimiento compartido:

“(...) en sí he visto a la ciudad bastante bien pero siempre hay algo que se pueda mejorar... Y en sí que todo puede mejorar un poco... A nivel personal he aprendido en valores y de personas especializadas en ello... Por ejemplo, en salud me llevé que la

salud no es solo física, también hay que dar importancia a la salud mental y sentimental, y que todos tenemos derecho a sentirnos como queramos” (grupo de evaluación del proceso de IAP, grupo motor de infancia).

Pero incluir esta mirada de la infancia en la construcción reflexiva de conocimiento colectivo también supone acceder a una mirada específica que en muchos casos puede poner en evidencia los tabúes o las dinámicas adultas para eludir temas comprometidos. Por ejemplo, a través de un diálogo establecido entre el grupo motor de infancia y uno de los técnicos que acompañaron el proceso para preparar los temas

³ En la presentación del proceso del grupo motor en uno de los espacios de diálogo con profesionales y entidades uno de sus integrantes de 14 años dijo: *“(...) Sería por ejemplo ridículo el movimiento de igualdad de género que todos fueran hombres, pues igual aquí. Tenemos que darles voz a los niños y que colaboremos”*

a trabajar en los grupos de discusión, se pudo acceder a determinadas reacciones vividas fuera del contexto de investigación que pueden ser claves para la comprensión y abordaje de la diversidad genérico-sexual en el ámbito educativo:

“Mis profesores todos lo evitan ese tema. Siempre que se saca, dicen: “bueno, vamos a hablar de otro tema”, como... Técnico adulto: ¿Cuál tema? (...) Miembro grupo motor infancia: De la homosexualidad. Técnico adulto: ah, la homosexualidad. O sea, cuando hay preguntas, que me imagino que salen preguntas, ¿no? que está muy al orden del día, que todos tenemos inquietudes y tal... Miembro grupo motor infancia: Como que leshorroriza... (coloquio del grupo motor de infancia con otros niños/as de entidades sociales).

También expresan todas esas dificultades socioeconómicas como realidades estructurales que limitan o dificultan el acceso de recursos en paridad de condiciones; y al hacerlo desde la realidad sentida y vivida por la propia infancia o adolescencia, que contribuye a generar conocimiento posicionándose en defensa del interés general o bien común, el relato construido, lo que nos decimos sobre lo que *debería ser*, se ve enriquecido sustancialmente:

“(...) Pero no solo el skate park. Tú quieres jugar al pádel y para jugar al pádel, tienes que pagar dinero. Quieres jugar al tenis y para jugar al tenis, tienes que pagar dinero. Pos... pistas de tenis... Pistas públicas, pistas de pádel públicas... Cosas públicas. Que para eso... Que sin eso, los chavales no tienen nada que hacer. Que si hay que pagar la mayoría no puede... Pero sí me gustaría mucho cosas públicas” (coloquio del grupo motor de infancia con entidades deportivas).

No obstante, desde *lo no dicho* salen a la superficie dificultades prácticas para construir de *otras maneras*, puesto que la falta de referentes, sobre todo en el ámbito de la infancia, es un triste hecho. Por ello al final se *terminan demandando las mismas cosas que se ofrecen* con los mismos canales y procesos impulsados por el mismo adulto, puesto que no se cuenta con alternativas o con la posibilidad de generar respuestas creativas propias surgidas de espacios y tiempos compartidos propios. Aún así, se asume como propio este *saber hacer* compartido por parte de los técnicos implicados en acompañar y capacitar, y se convierte en demanda propia el mantenerse con un papel activo *como niños, como lo que somos*, más allá de la formulación del Plan de Infancia:

(...) Un factor muy importante es el tiempo. Dedicarle tiempo y comprender que es un proceso, o sea, que no se acaba con el Plan, está siempre. Y por eso es muy importante, como decían los otros participantes, que se creen redes, que se cree una comunidad de niños y niñas que va más allá del Plan (...) Que tenemos que ver cómo funciona, qué se tiene que cambiar, que tenemos que evaluarlo también. Eso podemos hacer, como adolescentes, como niños, como lo que somos” (grupo de evaluación del proceso de IAP, grupo motor de infancia).

Por cierto, que será éste el único discurso en un espacio compartido con la infancia en donde apareció el concepto de *comunidad*, y lo hace vinculado a una tipología diferenciada de *niñas y niños*. Mucho más frecuente en cambio es escucharlo en los grupos de diálogo con profesionales, entidades y familias, como un lugar desde el que proteger sus derechos y favorecer su participación.

B) Un diagnóstico compartido sobre Turismo Sostenible para construir una comunidad real

Desde enero de 2021 hasta agosto de 2021, en un contexto sanitario que tuvo importantes efectos en el vaciamiento del espacio urbano por la falta de turistas en el casco histórico de Toledo, se generó un proceso de investigación encaminado a la construcción de un Diagnóstico Compartido (2021) junto con diferentes actores sociales vinculados al ámbito del Turismo, el Patrimonio, la Cultura, los movimientos vecinales y el comercio de proximidad⁴. Esta investigación partía de un diseño metodológico más clásico que combinaba espacios de encuentro y diálogo interdisciplinar con entrevistas en profundidad, de manera que en principio se entendía que su condición de *compartido* dependía de *saber recoger* todas esas posiciones e intereses en un documento final que pudiera ser consensuado por todas las personas participantes.

Desde estos lugares compartidos se construyó la necesidad práctica de priorizar en la idea de barrio o comunidad por encima de la urbe de *cartón piedra* turística. En la base de todos los planteamientos siempre emergía lo mismo: para hablar de turismo sostenible se requería de una *comunidad* que proporcionara al territorio histórico una *vida real*, entendiendo por tal algo que parecía construirse de forma antagónica a las imágenes vendidas por la práctica turística. En esta interseccionalidad que nos habla de procesos de gentrificación, de imágenes urbanas e identidades colectivas vinculadas con el valor patrimonial e histórico, cobró fuerza una asociación de ideas entre las personas participantes: el predominio en el espacio urbano de la actividad turística puede actuar en detrimento de todo aquello asociado con la vida de barrio. A más práctica turística –realidad ficticia–, menos presencia de relaciones vecinales -realidad auténtica. La *comunidad* se dibujaba así efectivamente como esa idea clásica de imaginario anhelado, que cobraba fuerza por antagonismo con un modelo de explotación turística depredador y poco solidario. Este factor económico también observaba como contrario o enfrentado a la comunidad del Casco Histórico a aquellas posiciones explotadoras del territorio desde valores poco deseables y sostenibles, cuyos intereses no repercuten en el interés general o bien común. Además de algunos trabajos locales que vinculan lo ficticio con malas praxis profesionales como el free tour (Ralero, 2020), algunas posiciones del diagnóstico nos dicen que resulta importante plantearse el papel empresarial local en la explotación turística:

(...) A lo mejor nos tenemos que meter más con algunas empresas, porque les hemos hecho avaros, ¿a que sí que les hemos hecho avaros?, y sin embargo ellos no lo admiten y ahora cuando no son avaros es cuando vienen a pedir... Pero ellos qué dan a Toledo,

¿dan algo? No, ganan dinero, pero no les importa, porque ganan dinero, y como son guiris...pues están ahí y venga vale..." (Discurso procedente de entrevista en profundidad con representante de asociación vecinal)

⁴ Esta investigación finalmente se puso a disposición de la Concejalía de Turismo del Ayuntamiento de Toledo y fue empleada con posterioridad para la fundamentación del Plan de Sostenibilidad Turística aprobado por el Ministerio de Industria, Turismo y Comercio y la Junta de Comunidades para la ciudad.

Así cobró importancia tras ciertos discursos esa idea de *desposesión simbólica* que se nutre de observar en el hecho turístico una invasión basada en la explotación económica que no toca con la cotidianidad residencial en ningún momento, sino que transita por *otros lugares* ajenos a las prácticas locales. Ello viene a corroborar que *lo que es Toledo* (vinculado con *lo real* y *lo sostenible*) no forma parte de ese turismo en la ciudad que se identifica con la artificiosidad de la *venta fácil*:

"(...) Así que yo creo que deberíamos buscar esa excelencia, ese punto de la autenticidad que se ha perdido, la economía es muy potente y como dicen Toledo se vende fácil y yo creo ahí está culpa de esto, en que Toledo se vende fácil y no se ha pensado en un modelo estratégico, en un modelo sostenible, sino basado en ganar dinero y claro... pues de una manera fácil, de vender chatarra en todos los sentidos, con los souvenirs, el tema de la hostelería, no sé, yo creo que deberíamos ir a evaluarnos y a ofrecer más lo que es Toledo. Yo creo que la imagen ahora mismo que proyectamos no es la real" (Discurso procedente de profesional del patrimonio).

Esa búsqueda de *lo auténtico* además se convierte en un producto turístico valioso que sí es digno de vincularse con la idea de sostenibilidad. *Vivir como si fueras un toledano* en un contexto en donde esta forma de vida en comunidad está en peligro o amenazada por lo que se considera un turismo masificado o depredador, adquiere un componente polivalente de repulsión/atracción. Fue especialmente interesante observar cómo los discursos se iban complejizando unos a través de otros, construyéndose *metanarrativas* nuevas sobre el turismo. Así, una vecina guía que había escuchado atentamente a sus vecinos quejarse de la búsqueda "a saco" de riqueza, tras un ejercicio empático, conectó intereses de los turistas con la realidad demandada por los nativos:

"(...) Nos han enseñado que el Turismo trae riqueza, pero hay un matiz ahí, no todos los tipos de turismo lo traen (...) Es que ya vamos a verlo desde otro punto de vista, desde el turista. Pues es que para ellos tampoco es agradable. No buscan eso, y más el turista de ahora, que es un turismo encaminado a empaparse, como decía X de las costumbres... de vivir como si fueras un toledano, ¿no? Si es una ciudad masificada escomo si fuera un plató, otro Puy de Fou [parque temático-histórico cercano a la ciudad], sería la misma experiencia" (Discurso procedente de profesional del turismo).

Por otro lado, es importante advertir que en esa construcción de conocimiento sobre todos esos *turismos* que transitan la ciudad, esas diferentes maneras de relacionarse con ello y de valorarlo como algo interno o externo al sentido compartido de comunidad, intervienen ciertos componentes de clase que no podemos dejar de expresar. Digamos que en algunos espacios individuales de diálogo mediante entrevista en profundidad se muestra cierta duda sobre si detrás de esta posible estrategia que se ha venido a llamar *turismo sostenible y de calidad*, que vendría a transitar por espacios más exclusivos y *auténticos* por donde *la masa* no transita, existe un importante componente de clase de social:

"(...) el que venga, bienvenido sea, sea rico o pobre, porque aquí también está la clase, yo estoy escuchando infinidad de veces y lo he escuchado últimamente en una reunión de esas en donde dice, no, es que compran el boleto en Madrid, vienen con el autobús, ¿qué pasa

que el pobre no va a poder viajar? ¿El pobre no va a poder ver Toledo, que es Cultura? O es que solamente queremos a los ricos (...)? (Discurso procedente de entrevista en profundidad con representante de asociación vecinal).

Para terminar de complejizar más aún todos esos matices a los que nos hemos asomado, acabamos con un impacto no previsto del *diagnóstico compartido*, en donde la vecindad emplea muy recientemente este producto como *arma comunitaria* frente a la administración local. Tras la masificación sufrida en las calles del casco histórico en el puente de diciembre de 2021, un grupo vecinal se moviliza y hace un escrito que rápidamente se convierte en un change.org, obteniendo impactos en la prensa local, regional y nacional⁵, donde se reivindica el cambio de modelo turístico hacia la sostenibilidad puesto que “el encanto de la ciudad se pierde con la *masificación*”:

“Hace apenas unos meses se inició un proceso de diálogo sobre este tema. Se crearon unas mesas de Turismo sostenible, en las que se elaboró un Diagnóstico compartido. Rogamos que ese documento y ese esfuerzo no quede en papel mojado, que se siga trabajando en esa línea, y entre todas busquemos crear un Casco Histórico más disfrutable y sostenible para toda la sociedad.” (Discurso procedente del Movimiento Ciudadano Casco Histórico, Territorio Vecinal en comunicado a prensa).

El *Diagnóstico Compartido* se convierte así en una argumentación propia para nuevas estrategias de los sujetos participantes. Esto que podría ubicarnos en la autocomplacencia como investigadoras, puede convertirse en cambio en un arma de doble filo. Y es que una vez que se ha convertido en instrumento para que las instituciones, profesionales y ciudadanía, tomen decisiones que ayuden a mejorar sus propias realidades, este producto puede ponerse del lado de cualquiera de los actores también para sus propias finalidades. Y si conocemos los entresijos del proceso y de aquello que ha venido definiéndose como *comunidad*, sabemos que esto tiene sus riesgos.

c) *Una Monografía Comunitaria y un Diagnóstico Compartido para un territorio considerado de alta diversidad*

Desde julio de 2014 que se comenzó a impulsar el proceso comunitario hasta diciembre de 2015 que se presentó públicamente este documento monográfico, se llevó a cabo una escucha activa inmersa metodológicamente en la fase de *establecimiento de relaciones* dentro del modelo de Intervención Comunitaria Intercultural (ICI) desplegado en un total de 36 territorios en toda España. Este proyecto nacional fue dirigido científicamente por la UAM y Carlos Giménez, extendido en periodos de entre 6 y 10 años. Con el objetivo común en todos estos lugares defi-

⁵ <https://www.20minutos.es/noticia/4919082/0/vecinos-de-toledo-recogen-firmas-en-change-org-tras-el-descontrol-del-puente-para-pedir-a-tolon-un-turismo-sostenible/>

nidos previamente como de alta diversidad, de mejorar la convivencia vinculada al enfoque intercultural que supera el *asimilacionismo* y el *multiculturalismo* (Giménez, 2015)⁶.

A través de diferentes técnicas participativas que permitieron contar con la mirada de gran cantidad de colectivos y realidades socioculturales presentes en el barrio del Polígono o Santa María de Benquerencia de Toledo, este documento se ha sometido a diferentes revisiones a lo largo de los 6 años que ha durado el proceso en este lugar, evidenciando que aquello que entendemos como *comunidad* no puede atraparse en una foto fija de conocimiento si queremos que nos sea útil a la acción. De hecho, a los pocos meses de su presentación, tras haber irrumpido en el barrio nuevos retos no recogidos, ya existía la sensación entre todos los agentes implicados de que este esfuerzo colectivo se había quedado obsoleto. Así, el aprendizaje extraído en diferentes espacios de relación técnica y ciudadana fue precisamente el mismo que nos apuntaba la dirección científica: que la fase de construcción y actualización de conocimiento compartido debía realizarse y reforzarse de forma permanente –o cíclica– puesto que nunca iba a poder considerarse concluido.

Esta fuerte consideración del conocimiento compartido como algo cambiante y dinámico, nos permitió que las respuestas construidas también de forma comunitaria pudieran superar las limitaciones que imponen los planes y proyectos construidos *desde arriba* que aterrizan en el territorio. Pero también estos elementos nuevos que ingresan en el entramado socio-comunitario por decisiones externas, pueden emplear este conocimiento construido desde él para otorgar un mayor sentido a sus acciones. Un recurso técnico nuevo que se incorporó tras dos años de proceso, expresó en un espacio de participación que *“contar con una Monografía Comunitaria cuando llegas al barrio es un lujo para cualquier profesional. Saber todo lo que hay, con lo que puedes contar (...)”*⁷ También fue considerado especialmente útil contar con este documento para optar a otros recursos públicos educativos para el territorio como el *Programa de Éxito Educativo*:

“(...) Si, sí. Que ha estado muy bien la convocatoria. Pero si no llega a haber un proceso comunitario antes, con un diagnóstico ya hecho, esto no hubiera sido posible. En otros sitios no sé ni cómo se habrán apañado” [referencia al Programa de Éxito Educativo y la existencia de un Diagnóstico Compartido puntuable en la Convocatoria JCCM]⁸.

⁶ En este caso, mi rol fue el de coordinadora técnica como antropóloga y mediadora intercultural del Proyecto de Intervención Comunitaria Intercultural en el barrio del Polígono de Toledo. Puede encontrarse esta metodología de trabajo detallada en Carlos Giménez (dir.) (2015). Juntos por la convivencia. Claves del proyecto de intervención comunitaria intercultural. Ed. Obra Social la Caixa, Barcelona.

⁷ <https://es.scribd.com/doc/305482484/MONOGRAFI-A-DEL-BARRIO-DEL-POLI-GONO-DE-TOLEDO>

⁸ Discurso de un recurso técnico educativo procedente de un colegio público mediante grupo de discusión. Documento de Evaluación del Proceso Comunitario Intercultural del barrio del Polígono de Toledo. Año 2019.

Pero esta concepción del conocimiento como algo a construir de forma permanente con toda la diversidad existente en la comunidad, nos facilita que metodológicamente no concibamos tampoco las realidades a conocer y transformar como objetos homogéneos en donde proyectar objetivos muy definidos, o evaluar los impactos desde indicadores también cerrados. La mirada antropológica ha mostrado en este proceso comunitario que todos estos instrumentos son relativos y que deben ser lo suficientemente flexibles como para sean éstos los que adapten a las variables y cambiantes realidades y no a la inversa. Decir esto en el ámbito de la intervención social puede hacer que la Antropología pase a ser *ahí dentro* algo similar a un *Quijote que lucha con molinos*.

No podemos dejar de decir desde una evaluación específicamente antropológica, que ha manejado una cantidad muy rica de datos cualitativos a lo largo de estos seis años de proceso, se ha insistido en la necesaria reformulación y flexibilidad, donde se encuentran muchas de las claves que nos permiten relacionar de forma directa la organización comunitaria con la capacidad inclusiva del territorio⁹. Estas claves, por desgracia, no se hayan en los objetivos diseñados de forma previa en los proyectos, sino en lo que se genera en común a partir de todos ellos, en ese territorio indefinido que hemos denominado *proceso comunitario*: *“Desde que estamos en el proceso comunitario, desde que empezamos hace años con la Monografía, se cuenta con nosotros y se ha normalizado nuestra participación en cosas más cotidianas”*.

Esta capacidad inclusiva de la organización comunitaria en gran parte depende también de la manera en la que se consiga implicar a toda esa diversidad interna existente y el lugar/valor que finalmente terminen ocupando en esa construcción de conocimiento. El papel vecinal que ejerzan, cómo lo ejerzan y cuáles sean los resultados valorados, supondrá un nosotros más o menos inclusivo y plural. Y tal pluralidad, como dice Carlos Giménez (2020), necesita de una reconfiguración participativa en donde ese nosotros se ejercite y practique. No es lo mismo mirar los retos sociales desde un lugar que desde otro:

“Cuando empezamos a trabajar con la comunidad todo era malo, tanto dentro como fuera la mirada era súper negativa. Pero después de un tiempo nos dimos cuenta de que también pasaban cosas maravillosas dentro... Espacios de ayuda mutua, relaciones e interacciones positivas... Las cosas nunca son negras o blancas. Empezar a cambiar el relato basándonos en esas cosas que también suceden, es una estrategia clave para poder cambiar realidades”¹⁰.

⁹ Discurso procedente de un recurso técnico de una entidad social de atención a la discapacidad en grupo de discusión. Documento de Evaluación *Ibidem*.

¹⁰ Memoria final del Proyecto de Intervención Comunitaria Intercultural (ICI) en el barrio del Polígono de Toledo. Discurso de participante técnica, mediadora comunitaria en viviendas públicas, en espacio de evaluación comunitaria final mediante grupo de discusión.

No obstante, algunas cuestiones nos pueden generar una extraña sensación polivalente. Escuchar a aquellos actores que definimos como *comunidad* hablar de sí misma como una realidad tangible que tiene sus retos y sus propias soluciones para afrontarlos. Que las personas que expresan estas ideas incluyan esos tecnicismos que ya han incorporado en su *saber hacer*. Que se citen los diagnósticos compartidos construidos a lo largo de este tiempo como base desde la que diversos actores, con distintos intereses particulares, arman sus propias estrategias. Que muchas entidades y proyectos usen la *Monografía Comunitaria* para presentar sus fundamentaciones de proyectos a la administración¹¹.

Al observar esto en cambio nos preguntamos en qué momento ese *sentido de comunidad*, que hemos contribuido a generar y a asentar, se ha apropiado de una gran cantidad de *palabras* para renombrar y resignificar sus propias prácticas. Es cierto que el éxito de un proceso comunitario debe medirse así. Hay que saber emplear todos estos lenguajes para poder llevar a cabo acciones transformadoras en donde sin duda la mirada antropológica es más que necesaria. Al menos para cuestionarnos y repensarnos, también en los impactos que producimos, incluso cuando son considerados *indicadores de éxito*.

4. Conclusiones comparativas:

En esta comparativa, se ha generado un *conocimiento compartido* sobre dichas realidades que tienen en común algo fundamental: convertir este producto legitimado por la comunidad (entendiendo a ésta de diferentes maneras en cada caso, como ese sujeto activo pero tintineante, que se nos muestra en ocasiones amable, en otras hostil, y en otras, ni se muestra) en un instrumento útil para el cambio.

Hay que destacar el papel que en los tres casos expuestos ha tenido *la escucha* dentro del método. Pero no centrada en el investigador sino en los efectos que ésta provoca en los propios sujetos que construyen junto a otros y con nosotras ese conocimiento. No sólo de trata de hablar para que lo expresado se recoja literalmente en el documento, sino que se ha generado una interacción dialogada que permite cambiar sus posiciones iniciales. Algo que nos permite evidenciar en qué consisten las verdaderas relaciones interculturales, que no temen los cambios ni las influencias, y que evidencian esa manera de entender la cultura como algo dinámico, cambiante, relativo y no homogéneo.

Lo sostenible se relaciona con los tres casos por su fuerte conexión con la inclusión, el papel de los derechos de la infancia como sujeto clave para la transformación social, la relación de las prácticas de un turismo sostenible con la comunidad residente, y la importancia que para un proceso comunitario tiene dotar al territorio de una estructura organizativa propia que proporcione mayor sentido y futuro a las acciones y conoci-

¹¹ https://cadenaser.com/emisora/2020/04/23/ser_toledo/1587661640_832870.html

mientos. Por ello, podríamos afirmar que últimamente *lo comunitario* y su particular forma de construir conocimiento colectivo, se empieza a definir como idóneo para la estrategia de la sostenibilidad, apoderándose en cierta medida de la normatividad, de ese *deber ser* que conlleva multitud de retos y cuestionamientos futuros.

El diagnóstico compartido mantiene similitudes importantes con la denominada etnografía colaborativa, al igual que con la IAP, puesto que se trata de algo más que un texto o un método de recogida: es un espacio crítico en el cual los antropólogos y nuestros interlocutores podemos participar conjuntamente en la co-teorización (Rappaport, 2007). Por lo tanto, se puede decir que este instrumento permite recoger con *voz propia* las percepciones, valoraciones, prácticas y narrativas existentes. Pero también se produce desde esta interacción dialogada con *el otro*, una valoración de dichas cuestiones y una puesta en común que permite a todos los sujetos participantes avanzar desde sus propias estrategias, bien sean institucionales, profesionales y vecinales. Esto nos ha podido sugerir que la antropóloga que se encuentra inmersa en el encargo de construir conocimiento compartido o participado, se ubica en un doble proceso investigador, uno *en común* en donde se requiere de grandes dosis de adaptación, flexibilidad y traducción epistemológica según los agentes y disciplinas participantes, y otro de específica reflexividad interna ejercido en clásica soledad investigadora. Ello puede derivar por lo tanto en diferentes “productos finales” que separan la literatura científica de las herramientas concretas para enfrentar las incompletudes locales (Cladera, 2020: 16) También se nos sugiere que en ese territorio inespecífico que puede llegar a identificarse con *lo comunitario*, por construir, por resolver, hallamos paradójicamente claves importantes para la inclusión social que no pueden enmarcarse dentro de los complejos tiempos y lenguajes técnicos elaborados por ese universo tecnocrático que suponen los ODS (Objetivos de Desarrollo Sostenible)¹².

En cambio, cuando se apela a la dimensión del *Diagnóstico Compartido* como ese instrumento particular para los diferentes sujetos constructores de dicho conocimiento, y como *arma de doble filo*, aparecen también todas aquellas preguntas sin respuesta que como herramienta útil para la Antropología Aplicada nos sobrevuelan por encima. Quizás esto se deba a la necesidad de avanzar más en la incorporación sin complejos de nuestra mirada antropológica en el ámbito de la intervención social comunitaria, de manera que se entienda que los cambios culturales que a veces son necesarios no pueden hacerse de la noche a la mañana, y que acompañar procesos *desde dentro* sin imponer criterios *desde fuera* requiere de nuevos parámetros de intervención que a día de hoy poco se ajustan con los tiempos de los proyectos, la

¹² El objetivo 11 de hecho especifica la búsqueda de ciudades y comunidades sostenibles. Véase: <http://www.exteriores.gob.es/portal/es/politicaexteriorcooperacion/agenda2030/Paginas/Inicio.aspx> El Plan de Acción operativo puede descargarse en: <http://www.exteriores.gob.es/Portal/es/PoliticaExteriorCooperacion/Agenda2030/Documents/Plan%20de%20Acci%C3%B3n%20para%20la%20Implementacion%20de%20la%20Agenda%202030.pdf>

formulación de objetivos e indicadores sin contar con los actores con los que vamos a trabajar, y la conceptualización terminológica de las realidades que a veces nos dificultan que los planes técnicos que aterrizan en territorios y/o comunidades se ajusten a necesidades reales existentes y cambiantes.

Por lo tanto, el *Diagnóstico Compartido* puede ser una oportunidad inclusiva si se está dispuesto a construir *desde cero*, sin dar nada por hecho, en conexión con aquello que se exprese y defina como *comunidad* por parte de los sujetos que se identifican como parte integrante. Sabiendo como sabemos que tenemos entre manos un ideal, sí, con potencial excluyente, también, pero con una cara amable que invita a que muchos colectivos se puedan sentir parte de un proyecto común. Y este material altamente inflamable evidentemente tiene sus riesgos, pero ofrece unas oportunidades inclusivas infinitas en donde el trabajo artesanal antropológico tiene aún mucho por hacer.

Referencias bibliográficas

Actualización de Diagnóstico para la elaboración del II Plan de Infancia y Adolescencia de la Ciudad de Toledo. 2021. Ayuntamiento de Toledo / IntermediAcción. Disponible en: <https://www.toledo.es/wp-content/uploads/2021/03/diagnostico-2021.-infancia-y-adolescencia.pdf>

Álvarez, R.M. La investigación etnográfica: una propuesta metodológica para Trabajo Social Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ents/article/view/20211/19199>

Arribas Lozano, A. (2015). Antropología colaborativa y movimientos sociales: construyendo ensamblajes virtuosos entre sujetos en proceso. En *Ankulegi. Revista de Antropología Social*, 19. Disponible en: <https://aldizkaria.ankulegi.org/index.php/ankulegi/article/view/77> >

Azogue Guaraca, A.A. (2016). Maneras de ser comunidad. En *Gazeta de Antropología* 32 (1). Disponible en: <http://www.gazeta-antropologia.es/wp-content/uploads/GA-32-1-06-Angel-Azogue.pdf>

Batallán, G. y García, J. F. (1992). Antropología y participación. Contribución al debate metodológico. En *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 1 (1).

Carenzo, S. y Fernández Álvarez, M. I. (2014). De la investigación-acción a la etnografía colaborativa. Aportes para (re)pensar el vínculo con organizaciones sociales desde ámbitos universitarios. En M. Gómez Solorzano y C. Pacheco Reyes (eds.), *Trabajo informal, economía solidaria y autogestión. Precariedad laboral y resistencia en la globalización*, Buenos Aires: Ediciones Continente, pp. 145-149.

Cladera, J. L. (2020). Epistemología recíprocaría. Aportes para un diálogo entre la antropología social y la investigación acción participativa. En *Revista Latinoamericana De Metodología De Las Ciencias Sociales (Relmecs)*, 10 (1). Disponible en: <https://doi.org/10.24215/18537863e065>

Da Matta, Roberto (1999). "El oficio del etnólogo o como tener 'Anthropological Blues'". En *Constructores de Otredad*. Buenos Aires: Antropofagia, pp.172-178.

Diagnóstico Compartido sobre Turismo Sostenible en la ciudad de Toledo. 2021. Disponible en: <https://intermediaccion.es/wp-content/uploads/2022/05/I-Diagnostico-Compartido-sobre-Turismo-Sostenible-Toledo-2021.pdf>

Ferrer Aracil, Javier, Álamo Candelaria, José Manuel, Morín Ramírez, Luz María y Marchioni, Marco (2017). El diagnóstico social en trabajo social comunitario. En Revista de Treball Social. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, agosto n. 211, pp. 103-115.

Gallego Carmen (2000). Antropología Aplicada al Trabajo Social. En Acciones e investigaciones sociales nº 10, pp. 5-22.

Giménez, C. (2020). Por un nosotros plural. Apuntes sobre pluralismo y unidad en la diversidad, en Revista Tiempo de Paz 139, pp. 82-97

(dir.) (2015). Juntos por la convivencia. Claves del proyecto de intervención comunitaria intercultural. Barcelona: Ed. Obra Social la Caixa.

(2005) Convivencia: Conceptualización y sugerencias para la praxis, en Puntos de Vista: Cuadernos del Observatorio de las Migraciones y la Convivencia Intercultural de la Ciudad de Madrid (COMCIM) Nº. 1 2005, pp. 7-31.

Greenwood, D. J. (2000). De la observación a la investigación-acción participativa: una visión crítica de las prácticas antropológicas. En *Revista de Antropología Social*, 9, 27.

Disponible en: de <https://revistas.ucm.es/index.php/RASO/article/view/RASO0000110027A>

HERNÁNDEZ, D.; MARTÍN, P.; VILLASANTE, T. R. (2003). Estilos y coherencias en las metodologías creativas. En VILLASANTE, T. R.; GARRIDO, F. J. (coord.) Metodologías y presupuestos participativos. Construyendo ciudadanía / 3. Icaria-Cimas.

Jociles, M.I. (1999). Las técnicas de investigación en Antropología. Mirada antropológica y proceso etnográfico. En *Gazeta de Antropología*, Universidad de Granada. Disponible en: http://www.ugr.es/~pwlac/G15_01Marialsabel_Jociles_Rubio.html

Joel Martí (2012). Diagnósticos comunitarios y participación local. El diagnóstico comunitario de la Zona Ponent de Tarragona. Red Cimas. Disponible en: https://redcimas.org/wordpress/wp-content/uploads/1012/08/m_JMarti_DIAGNOSTICOS.pdf

Leyva Solano, X. (2010). ¿Academia versus Activismo? Repensarnos desde y para la práctica- teórico-política. En Leyva Solano, et al., *Conocimientos y prácticas políticas: reflexiones desde nuestras prácticas de conocimiento situado* (pp. s/n). Chiapas México DF, Lima y Ciudad de Guatemala: CIESAS, PDTG-USM, UNICACH. Disponible en:

<https://es.scribd.com/document/208382181/Xochitl-Leyva-Academia-contra-activismo>

Marco Marchioni (1999). Comunidad, participación y desarrollo. Teoría y metodología de la intervención comunitaria. Ed popular.

Memoria final del Proyecto de Intervención Comunitaria Intercultural (ICI) en el barrio del Polígono de Toledo (2020). IntermediAcción /Obra Social la Caixa y Ayuntamiento de Toledo.

Monografía Comunitaria del barrio del Polígono: Identidades y Convivencia. Ayuntamiento de Toledo /IntermediAcción / Obra Social La Caixa. 2016. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/305482484/MONOGRAFI-A-DEL-BARRIO-DEL-POLI-GONO- DE-TOLEDO-2016>

Montes del Castillo, Ángel (2000). Antropología social, investigación, acción y trabajo social. una reflexión desde la cooperación al desarrollo en los Andes. En Kepa Fernández de Larrinoa (ccord). *La cosecha pendiente: de la intervención económica a la infraestructura cultural y comunitaria en el medio rural*, pp. 179-204.

Peña Collazos, Wilmar (2008). La etnografía, una metodología apropiada al diagnóstico de la responsabilidad social empresarial. Univ. Empresa, Bogotá (Colombia) 7 (15), pp.177-183.

Ralero Rojas, I. (2020). Visitantes y residentes. Hacia nuevas lógicas de turismo sostenible en Toledo. Ed. Toletum Revolutum, Toledo.

Rappaport, J. (2007). Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración. En *Revista Colombiana de Antropología*, 43, 197-229. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/1050/105015277007.pdf>

Roura-Expósito, J., Díaz Aguilar, A. L., Ruiz-Blanch, A., Sánchez-Carretero, C., & Cortés-Vázquez, J. A. (2018). Repensando las prácticas académicas: el diseño colaborativo de un proyecto de investigación a partir de la metodología IAP. En *Disparidades. Revista De Antropología*, 73(2), pp. 407-424.

Schiaffini, H.O. (2017). La "comunidad" y sus articulaciones. Aportes para pensar el concepto de "comunidad" en Puel Mapu (Patagonia argentina) Mapuche. En *Revista Antropologías del Sur* Año 4 N°7 2017, pp. 141 – 160.

Serrano, J. (2020). Las comunidades en la visión de los antropólogos: disquisiciones y lineamientos de análisis. *Región y Sociedad*, 3. Disponible en: <https://regionysociedad.colson.edu.mx:8086/index.php/rys/article/view/1248>

Velasco y Blanco (2020). Marco Marchioni. Trabajo Comunitario y Democracia participativa. En *Documentación Social* N° 5 2020. Disponible en: <https://documentacion-social.es/5/ciencia-social/marco-marchioni-trabajo-comunitario-y-democracia-participativa/>

Villasante, T. R.; Montañés, M.; Martí, J. (2000). La investigación social participativa. Vol. 1. Construyendo ciudadanía. Barcelona: El Viejo Topo.